

Un futuro i una esperanza

TRABAJAR, POR SU PARTE, EN LA RENOVACIÓN DE LA IGLESIA Y PARTICIPAR EN LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, ESTE ES EL CARISMA DE LA COMUNIDAD DEL EMMANUEL EN LA ISGLESIA HOY.

El Concilio Vaticano II fue un nuevo Pentecostés sobre la Iglesia y, quince años más tarde, en el capítulo introductorio de su exhortación apostólica sobre los laicos, Juan Pablo II escribió: “En nuestro tiempo, en la renovada efusión del Espíritu de Pentecostés que tuvo lugar con el Concilio Vaticano II, la Iglesia ha madurado una conciencia más viva de su naturaleza misionera y, en un movimiento de obediencia generosa, ha escuchado de nuevo la voz de su Señor que la envía al mundo como “sacramento universal de Salvación”. Esta llamada no se dirige sólo a los Pastores, a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas; sino que se extiende a todos: también los fieles laicos son llamados personalmente por el Señor, de quien reciben una misión en favor de la Iglesia y del mundo.” (Christifideles Laicium, Nº 1).

Durante el siglo XX, la Iglesia nunca ha dejado de cualificar la palabra “renovación” con adjetivos: litúrgica, bíblica, ecuménica, teológica, del laicado, conciliar, carismática, etc... Estas diversas renovaciones, aisladas y sucesivas, han llegado a ser interdependientes y obran en la actualidad en la Iglesia en profundidad, la revitalizan desde el interior en esta renovación de la que empieza a hacer experiencia, la del apostolado y la misión según el concepto de Nueva Evangelización tan querida por el Papa Juan Pablo II. “Duc in altum, avanzad

mar adentro” nos dice al principio del tercer milenio. Y la Iglesia se pone en efecto a redescubrir progresivamente que ella no ha sido fundada sobre Cristo solamente una vez por todas sin que tenga que nacer constantemente como un cuerpo orgánico animado por el Espíritu Santo. (CF. Dominum et Vivificantem i Redemptoris Missio).

Un nuevo Pentecostés sobre la Iglesia

En este sentido se encuentra el verdadero significado de la efusión del Espíritu tal como se expone en forma precisa en el Catecismo de la Iglesia católica: el don constantemente renovado del Espíritu Santo en la Iglesia, como en la mañana de Pentecostés, por el Padre y el Hijo. Y este don del Espíritu no hace sino actualizar constantemente -en el misterio de la sacramentalidad de la Iglesia- el del bautismo que nos sumerge en el fuego liberador del Amor Trinitario, que nos hace pasar de la muerte a la vida, incorpora a Cristo y revela el Amor del Padre. La efusión del Espíritu es también una experiencia espiritual tanto para ser deseada como para ser acogida, para pedir como para recibir, ya que permite descubrir y vivir la libertad soberana del Espíritu. Que el Espíritu sea nuestra vida, escribió ya San Pablo... La Comunidad del Emmanuel nace del deseo de unas cuantas personas, alrededor

de Pierre Goursat y de Martine Laffitte de encarnar esta experiencia de Pentecostés. No se dijeron: «Vamos a fundar una comunidad» sino: «Vamos a vivir en comunidad». Y, haciéndolo, empezaron a acoger -muy pobremente y muy simplemente- el carisma mismo del Emmanuel. Entonces se produjo un encuentro, una osmosis entre la gracia de Dios y el terreno cultural y sociológico de la época:

- Gracia de Dios, ya que vemos, desde el principio de los Hechos de los Apóstoles, que la formación de la primera comunidad cristiana de Jerusalén sigue inmediatamente el suceso de Pentecostés. El hecho comunitario (“Amaos unos a otros como yo os he amado” o “Que sean uno, Padre, como tú y yo somos uno”) es el signo y el instrumento, en una palabra, el Sacramento de la encarnación, personal i social, del don del Espíritu en la vida de los cristianos i del mundo.

- Terreno cultural i sociológico de la época, ya que al principio de los años 70 el hecho comunitario tenía mucho sentido: la Comunidad de Lanza del Vasto, la Comunidad del Arca de Jean Vanier, los hogares de caridad, algunas experiencias alrededor de Marcel Légaut i otras; incluso también el movimiento de las comunidades de hippies y las utopías comunitarias de después de mayo de 1968. En esta época, decidir vivir en comunidad era una forma de compromiso para vivir las convicciones lo más auténticamente posible.



© Étienne Villemain

Vivir la fe, la esperanza y el amor vuelve a dar a otros la fe, la esperanza y el amor.

Hoy, continuar existiendo verdaderamente como una comunidad representa un reto, una gracia y una ventaja considerable. Diez años después de sus inicios, la Comunidad del Emmanuel recibió sus estatutos por parte de la Iglesia: diocesanos en un principio (la Iglesia reconoció la catolicidad de aquello que allí se vivía), y después, diez años más tarde, pontifical (la Iglesia reconoció que su carisma era un don de Dios, una manifestación del Espíritu para la Iglesia universal). Vivió sus primeros años de vida en el movimiento "carismático", pero ante todo plenamente católica, Pierre Goursat i algunos otros quisieron entonces:

- "Encarnar" esta renovación: en la vida comunitaria, la preocupación por los pobres y la evangelización;

- "Catoliquizar" esta renovación: en el redescubrimiento de los sacramentos y la liturgia, en una verdadera devoción a María, y en el rechazo de un cierto ecumenismo fusionista y confuso;

- "Profundizar" esta renovación: en la vida de oración y la santificación del día a día, en una formación teológica, bíblica, espiritual e histórica simple pero adaptado a la condición de los laicos en el mundo. Vivir cada día de las gracias de la adoración, de la compasión y de la evangelización del carisma del Emmanuel, tanto si se es laico, sacerdote o consagrado en el celibato, católico enraizado o simplemente si se está recomenzando, vivir del misterio de Cristo y de la Iglesia, es decir, las gracias del bautismo y de la confirmación "reactualizadas" desde el interior en la experiencia de una conversión a Cris-

to y en la gracia de un nuevo Pentecostés personal, de un fuego liberador, renovador i misionero. Es en esta experiencia de la efusión del Espíritu Santo que el Emmanuel llega a ser un carisma en la Iglesia, Cuerpo de Cristo, según la definición que nos da San Pablo: «En cada uno la manifestación del Espíritu nos es dada para el bien común.» (1 Cor 12, 7). Porque, después de una treintena de años, tanto en su carne como en su historia, el Emmanuel ha visto un encuentro sorprendente hasta profético, entre las dimensiones carismática e institucional del misterio de la Iglesia. Por otra parte, uno de los signos de su carácter plenamente católico es también, desde sus inicios, que ha sido -y sigue siendo- el lugar de eclosión, de maduración y de consolidación de numerosas vocaciones sacerdotales.

La dimensión comunitaria nos permite apoyarnos unos en otros en la fe y en la evangelización.

«Abríos a los dones del Espíritu!»

Este carisma del Emmanuel es para recibirlo y ejercitarlo en la Iglesia para anunciar el Evangelio en un mundo que está herido y, a menudo roto; un mundo que ha perdido el rumbo y sus raíces. Es en este mundo donde la Iglesia tiene, hoy como ayer, la misión de llevar a Cristo. ¡Y no es fácil, ser y seguir siendo cristiano en este entorno totalmente nuevo y potencialmente muy desestructurante! En una Iglesia, al menos

en Francia y en Europa, que sufre y que envejece, la comunidad puede, por su parte, aportar alegría y esperanza, simplemente a través de lo que ella es y de lo que vive, en el entusiasmo de la fe y en la fidelidad a este carisma único y específico. Tener confianza en el futuro de la Iglesia y n el cristianismo es, sin duda, uno de los rasgos más grandes del carisma del Emmanuel: vivir la fe, la esperanza y el amor vuelve a dar a otros la fe, la esperanza y el amor.

Con motivo del Pentecostés de 2004, Juan Pablo II invitó a los miembros de los movimientos eclesiales y nuevas comunidades a un encuentro de oración con el propósito de ofrecer un testimonio de la diversidad de carismas en la Iglesia. La idea del Papa era renovar la experiencia del Pentecostés de 1998, cuando por primera vez, 300.000 representantes de estos nuevos movimientos y comunidades se reunieron en la Plaza de San Pedro en Roma. "Fue una sorprendente epifanía de la unidad de la Iglesia, en la riqueza y la diversidad de los carismas", recordó Juan Pablo II. "Lo que observé entonces, lo repito hoy con fuerza: los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades son una respuesta providencial suscitada por el Espíritu Santo a la demanda actual de Nueva Evangelización para la cual necesitamos cristianos maduros y comunidades cristianas vivas".

El Papa también saludó a los miembros de la Renovación Carismática Católica, «Gracias a ella, dijo, muchos cristianos han redescubierto Pentecostés como una realidad viva y presente en su vida diaria... Dado que la espiritualidad de Pentecostés se extiende en la Iglesia como una nueva ola de oración, de santidad, de comunión, de anuncio... Yo os digo: ¡Abríos con docilidad a los dones del Espíritu! ¡Acoged con reconocimiento y obediencia los carismas que el Espíritu nunca deja de conceder! No olvidéis que todo carisma es dado para el bien común, es decir, ¡para el beneficio de toda la Iglesia!»

Trabajar, por su parte, en la renovación de la Iglesia y participar en la Nueva Evangelización, tal es el carisma de la Comunidad del Emmanuel en la Iglesia hoy. Su futuro y su esperanza también.

Charles-Éric Hauguel 